

necesaria sino para el pueblo : la segunda los que admiten la necesidad de una Religion para todos los hombres, pero desechan la Revelacion ; y la tercera, en fin, se compone de los indiferentistas mitigados ó moderados, que reconocen la necesidad de una Religion revelada, pero permiten negar las verdades que enseña, á excepcion de algunos artículos fundamentales.

Despues de algunas reflexiones sobre cada uno de estos sistemas, reflexiones que bastarán para demostrar su inconsecuencia y absurdos, haremos ver que en último resultado todos vienen á parar á un mismo término, á un mismo punto, á saber : en la indiferencia absoluta de la verdad en materia de Religion. Nos dedicaremos pues á combatir esta indiferencia monstruosa, echando abajo los únicos principios en que el raciocinio puede querer apoyarla ; de manera que todos los indiferentistas, cualquiera que sea la modificacion que cada uno de ellos quiera dar á la doctrina general de la indiferencia, se hallarán refutados á un tiempo por lo que diremos de esta doctrina, la cual probaremos es comun á todos ellos.

Con el mayor encarecimiento que podemos rogamos á las personas á quienes se dirige esta obra, alejen de sí al leerla todo espíritu de contencion y de partido. ¿ De qué serviría engañarnos á nosotros mismos ? La verdad no se destruye por obstinarse en no conocerla : ella no deja por eso de ser lo que es, y tarde ó temprano llegará su día. En este, ya acaso cerca de nosotros, y que no podremos evitar, será de poco consuelo la vanidad de haber resistido á su luz. Recibámosla pues con regocijo, venga de donde viniere. Honremos el entendimiento que se nos ha dado elevándole hasta la contemplacion de la verdad infinita é inmutable, que encierra en su seno nuestros intereses eternos. Nuestra perfeccion es conocerla, y nuestra dicha amarla. Criados para ella y para la inmortalidad, reflexionemos que la vida se nos huye, y se nos huye para siempre : elevemos mas alto nuestras miradas ; y como viajeros que solo por momentos transitamos por estas regiones extranjeras, no pongamos nuestro orgullo en persuadirnos que no tenemos patria.

CAPÍTULO II.

Reflexiones sobre el primer sistema de indiferencia, ó sea sobre la doctrina de los que, no viendo en la Religion mas que una institucion política, no la creen necesaria sino para el pueblo.

Se halla al lado de la cuna de todos los pueblos á la Religion, así como á la filosofía cerca de su sepulcro. « No » se ha fundado estado alguno, dice Rousseau, que no tuviese por base á la Religion¹. » Y cuando la filosofía quiso poco ha fundar un estado sin ella² se vió forzada á cimentarle sobre sus ruinas : estableció el poder sobre el derecho de trastornarle, la propiedad sobre la expoliacion, la seguridad personal sobre los intereses sanguinarios de la multitud, las leyes sobre sus caprichos. Este orden social filosófico ha existido algunos meses, y durante ellos la Europa ha visto acumularse en su seno mas calamidades y crímenes que cuantos presenta la historia de los diez siglos precedentes ; y si Dios no hubiera abreviado estos dias horrorosos, no sé si habria quedado vivo un solo hombre para recoger el fruto de la leccion mas terrible que jamás se ha dado sobre la tierra.

Digan lo que quieran algunos sofistas ; la experiencia ha hecho ver ya que no puede subsistir un pueblo de ateos³, pues sola la tentativa de substituir el ateismo á la

1 *Contrato social*, lib. iv, c. 8. — 2 En la revolucion francesa.

3 El ateísta Diderot, apreciador poco sospechoso de su propia doctrina, conviene en esto, y su confesion es de tanto mas peso, cuanto que está consignada en una correspondencia familiar, que, como se creia no habia de ver la luz pública, debe presentar mas fielmente que sus demás obras los verdaderos sentimientos del autor. Hé aquí sus palabras : « Se ha dicho alguna vez que un pueblo cristiano que » siguiese en un todo el espíritu del Evangelio no podria subsistir. » Con mas razon y con mas verdad se verificaria esto de un pueblo » filósofo, si fuese posible formar uno : este tal encontraria su ruina » al salir de la cuna en el vicio mismo de su constitucion. » *Correspondencia literaria, etc.*, por Grim. y Diderot, t. I, pág. 492.

Religion ha trastornado de arriba abajo la sociedad en Francia, y destruídola enteramente. Así es que la opinion contraria, sostenida en un principio como una simple paradoja por algunas cabezas desconcertadas, no ha podido llegar á ser, ni formar creencia, sino para un corto número de insensatos tan faltos y escasos de luces como sobrados de orgullo, y tan profunda y miseráblemente pervertidos, que cada pensamiento en ellos era un delito.

En todos tiempos se ha conocido que la Religión era el único fundamento de las obligaciones y deberes, así como las obligaciones y deberes son el único lazo y vínculo de la sociedad. Nada hay que pueda suplir por la conciencia, y ella suple por todo. Por mas que se hable á los hombres de bien público, y de interés general, el particular será su móvil constantemente, y el poder mismo de la Religion consiste en que ofrece y muestra á cada uno el interés inmenso que tienen en concurrir al bien general y comun. No se necesita mas que tener sentido comun para convencerse de esto: los legisladores de la antigüedad lo conocieron bien; y así en vez de racionar locamente contra la Religion, se sirvieron de ella para consolidar el edificio social; la hicieron intervenir en todas las cosas, la colocaron en todas partes, en las familias, cerca de los hogares domésticos, y en el estado como parte de su constitution y del gobierno. Ellos hicieron descender las leyes del cielo, y por medio de la opinion fijaron un no sé qué de divino á todos los acontecimientos de la vida humana, á todas las instituciones civiles, á los mismos objetos inanimados, á los bosques, á los rios, hasta las piedras destinadas á servir de linderos, y separar las heredades¹; y si se miran las cosas de cerca se verá que el paganismo no multiplicó hasta lo infinito sus dioses, sino por un efecto de la necesidad infinita que el hombre tiene de la divinidad.

Cuando las costumbres se corrompieron, y la razon comenzó á examinar con aversion su fe y creencia, le fué fácil sin duda reconocer la falsedad del politeísmo; pero no era esto, no era lo que tenia de falso la Religion lo que contrariaba las inclinaciones de su corazon, y excitaba

¹ De ahí en efecto tantos dioses, tantos genios para todas y cada una de las cosas: los dioses Lares, Penates, el dios Término, etc.

por consiguiente su aborrecimiento; por eso la filosofía dejando en paz á la idolatría, dirigió sus principales tiros contra las verdades importunas á las pasiones, contra los principios de la moral, contra las penas y premios de la otra vida, la inmortalidad del alma, y la existencia de Dios. La licencia de costumbres que protegía, la dió numerosos discípulos: pero léjos de poner en duda la necesidad política de la Religion, estuvieron tan penetrados de ella que la confundieron con las instituciones puramente políticas, y la creyeron invencion de los legisladores. Por este título se conservó exteriormente como una cosa tan sagrada como las leyes; y aun el magistrado, imbuido en las máximas ateas de Epicuro, hubiera castigado con una severidad inflexible cualquiera atentado contra el culto establecido.

Antes pues de examinar este sistema filosófico, será oportuno verle en accion, digámoslo así, entre los antiguos y modernos; pues este es el mas breve y seguro medio de formar de él una idea exacta.

Introdujose entre los Romanos hácia el tiempo de la declinacion de la república, y su principio concurre con la decadencia de las virtudes públicas y privadas. Sin embargo, se hizo desde luego lugar entre los grandes y poderosos, siempre mas fáciles á dejarse seducir por todo lo que lisonjea el amor propio, tranquiliza las pasiones, y alivia el disgusto del tedio: el pueblo por mucho tiempo no dió entrada á la nueva filosofía, y á esta época se debe referir sin duda el cuadro del estado religioso del imperio trazado por Gibbon.

« El pueblo, dice, miraba las diversas especies de cultos que reinaban en el mundo romano como igualmente verdaderos, el filósofo como igualmente falsos, y el magistrado como igualmente útiles; y esta tolerancia producía no solamente una indulgencia mutua, sino una verdadera concordia entre las religiones.

» La supersticion del pueblo no abrigaba odio alguno, ni rencillas teológicas, ni estaba encadenada en el círculo de un sistema exclusivo. El devoto politeísta, por adherido que estuviese á su culto y rito nacional, admitía con una especie de fe implícita todas las religiones de la tierra.....

» Los filósofos conservaban en sus escritos y conversaciones la independencia y dignidad de su razón; pero en las acciones se sometían á las reglas establecidas por las leyes, el uso y la costumbre. Mirando con una sonrisa de compasión é indulgencia los errores del vulgo, practicaban con exactitud las ceremonias religiosas de sus antepasados, frecuentaban devotamente los templos de los dioses; y aun hubo entre ellos alguno que hacía gran papel en el teatro de la superstición, ocultaba los sentimientos de un ateo bajo la toga pontífice. Hubiera sido muy difícil determinar á unos hombres que pensaban de este modo á disputar entre sí sobre las diferentes especies de culto ó de creencia: les era muy indiferente que las locuras de la multitud tomaran esta forma mas bien que la otra; y con el mismo desprecio interior, y el mismo respeto aparente, se acercaban á los altares del Júpiter de Libia, que del Olímpico ó del Capitolino¹. »

Nos sorprendería menos la complacencia con que pinta Gibbon la incredulidad romana si hubiese ignorado sus espantosos efectos. Pero él sabía mejor que ningún otro que el *desprecio interior* de los filósofos, no solo del *Júpiter de Libia y Olímpico*, sino de toda divinidad cualquiera, no tardó en propagarse entre los *devotos politeístas*, y que á ejemplo de los grandes la multitud, hecha *indiferente* á todo menos á los placeres, se desengañó de tal modo de las *locuras y supersticiones* antiguas, que el imperio privado del apoyo que le daba y tenía en la Religión, bamboleó de golpe como un hombre embriagado, y al fin desapareció en el fango adonde le arrastraron con ignominia los pueblos fuertes y robustos por su creencia y por sus costumbres. Montesquieu no teme atribuir su caída á la filosofía de Epicuro, cuyo resultado admira tan candorosamente Gibbon². Este sin duda no advirtió que el cuadro que quería sacar agradable y atractivo, no es mas que una

¹ *Historia de la decadencia y caída del imperio romano*, t. I, c. XI.

² Bolingbroke piensa en un todo sobre este punto como Montesquieu. « El olvido y el desprecio de la Religión, dice, fueron la causa principal de los males que sufrió Roma en lo sucesivo: la Religión y el estado se destruyeron en la misma proporción. » T. IV, pág. 228.

descripción horrorosa del vicio interior que irremediablemente debía conducir á Roma á su ruina¹.

Si se considera atentamente al género humano en la época en que comenzó esta grande revolución, á poco trabajo, en medio de los acontecimientos brillantes, se descubrirán las causas que la hacían necesaria. El cuerpo social estaba debilitado, y el vigor aparente que continuó mostrando por algun tiempo, casi únicamente dependía de la disciplina militar, que se alteró bien presto como todo lo demás. El poder absoluto de los emperadores suplió momentáneamente por las leyes, por las costumbres y por la Religión: había en esto no sé qué fría y triste imitación del orden, porque al fin obedecía, y se obedecía por puro miedo. La espada del soldado legionario fué el cetro con que se gobernó á aquellos fieros y orgullosos Romanos que habían subyugado al mundo entero; y como nunca se había visto ejemplo de semejante dominación, tampoco lo hubo de igual esclavitud.

Desde el reinado de Tiberio se ven depravarse las almas hasta tal punto que aun hoy mismo nos asombra; ó mas bien diremos, que se manifestó sin rebozo la degradación ya existente, que solo esperaba para presentarse con descaro, y tomar, digámoslo así, en algun modo la posesión solemne del oprobio, un primer ejemplo, y un premio ó salario indigno y vil. A la verdad, aparecian de cuando en cuando en la sociedad algunas raras virtudes, semejantes á aquellos fuegos que se suelen encender de noche en las costas de un mar borrascoso para indicar el rumbo á los navegantes; pero no alumbraban sino para hacer ver los

¹ No se debían esperar de Gibbon otras descripciones. Este inglés, convencido por la lectura de la historia de las variaciones, y hecho de protestante católico, y de católico otra vez protestante por estar en la casa de un ministro de la secta, parecia nacido para mirarlo todo con indiferencia. Su carácter frío no podia admirar los rasgos de una virtud sublime, y solo parece que los crímenes arrebatában su imaginación: enemigo de la Religión cristiana echaba de menos el paganismo, y él mismo lo confiesa en su carta al Lord Sheffield diciendo: « que si había hablado bajamente de los cristianos, era porque estaba adicto y apasionado al paganismo. » Estuvo empleado en el Parlamento, y en el ministerio del Lord North, y murió en 1794.

nafragios que habrian debido evitar. Y aun estas virtudes examinadas sin pasion, ¿qué venian á ser al fin mas que el fácil y débil valor de morir, ó diremos mejor, de escapar del trabajo de vivir? El vigor de las almas mas elevadas consistia en ceder al peso de estos tiempos terribles: júzgnese, pues, del pueblo entero por estas excepciones.

El espíritu humano no sabia ya en que fijarse. Despojado de su creencia, y aun de sus opiniones, erraba á la ventura en un inmenso océano de dudas é incertidumbres. Ya no habia paganismo, ni tampoco filosofía, á no ser que se quiera dar este nombre á aquellos pueriles juegos del ingenio, con que algunos Romanos entretenian su ociosidad en los jardines de sus quintas (*villa*), ó bajo los pórticos de sus palacios, sin que de todos estos discursos ingeniosos saliese una regla fija de conducta, ni un principio para la conciencia. Se disertaba sobre los dioses para dudar si existian: sobre las obligaciones, para eludir las; sobre la muerte, para inferir que se debian procurar todos los placeres de la vida; y sobre todo, se abandonaban gustosa y descuidadamente al torrente que arrebatava confundidos entre sí las ruinas del orden social, y los hombres, y las instituciones, y el mismo imperio.

Con todo, á pesar de la indiferencia general, y tal vez por un efecto de esta misma indiferencia, se conservaba el culto; pero era un culto vacío de fe, y por consiguiente incapaz de producir efecto alguno. En la tribuna se continuaba invocando por testigos á los dioses inmortales: jamás los retóricos fueron mas fecundos en máximas severas, y pomposas sentencias de moral; pero en el entretanto la sociedad se debilitaba visiblemente, porque las frases y discursos pomposos no son creencias, ni las fútiles declamaciones pueden suplir por las doctrinas sociales. La misma filosofía, aunque decidida á no ver en estas doctrinas mas que preocupaciones, ha reconocido en nuestros días su necesidad indispensable. « Indudablemente las preocupaciones son necesarias á los hombres, dice uno de sus mas célebres discípulos, en una obra en que enseña el ateísmo; sin ellas, ni hay resorte, ni acción, todo se entorpece y muere¹. » Así es que, la muerte de la so-

1 *Correspondencia literaria* de Grim. y Diderot, t. V, pág. 8.

ciudad, la muerte del género humano seria el resultado de la victoria que la sabiduría moderna se esfuerza á alcanzar sobre lo que llama *preocupaciones*. Lo sabiamos ya; pero es útil oirlo de su propia boca.

El Cristianismo, pues, encontró al imperio en aquel estado de desfallecimiento moral que resulta de la privación de la verdad, y anuncia una disolucion próxima; y por lo mismo para establecerse tuvo que vencer la indiferencia general, y la resistencia de los magistrados decididos á sostener el paganismo, no como Religion sino como una institucion del estado. Este fué casi el único motivo que dictó tantos edictos sanguinarios: el fanatismo tuvo tan poca parte en ello, que el filósofo Marco-Aurelio y Trajano no fueron menos perseguidores que Neron: proscribieron á los Cristianos como enemigos de las leyes, y es de notar que la intolerancia política es la mas implacable y bárbara, porque no está suavizada por la Religion que prohíbe. En toda Religion, aunque sea falsa, hay algo de grande, generoso y favorable á la humanidad; la política, al contrario, no conoce la piedad, y se mantiene constantemente en calma y fría, aun cuando es atroz y cruel. Así se ha visto en todas las épocas, y bajo este respecto no hay cosa que se parezca mas á las persecuciones de los emperadores contra los primeros cristianos, que las persecuciones de la Inglaterra contra los católicos. Pero trataremos despues este importante objeto, que merece una atencion particular.

No hay mas que un medio para arrancar á los hombres de la indiferencia en que los precipita el abuso de la razon; y este es el domar esta razon altanera, obligándola á humillarse bajo una autoridad tan elevada y brillante que no pueda desconocer sus derechos. Es preciso convencerla de que hay una razon superior, regla inmutable de la verdad, á la cual debe someterse como al supremo Monarca de todos los seres inteligentes; en una palabra, es preciso que, reconociendo la soberanía de Dios, se eleve hasta una obediencia absoluta, que, conteniéndola en su esfera, de la cual nunca sale sino para extraviarse, la impida despojarse á sí misma de la posesion de la verdad. Pues esto es lo que de un modo admirable hizo el Cristianismo. Anunciase desde luego con caracteres exterior-

res de divino; y tan pronto como hubo probado su origen celestial, destierra todas las dudas, sin dejar indecisa ninguna verdad necesaria, y obliga á la razón humana á prosternarse ante la razón divina, y á escuchar silenciosamente y con un pleno asenso las sublimes lecciones que le dictaba. Adquiriendo entonces el principio de acción, ó sea la fe, un grado de fuerza proporcionado á la autoridad infinita que enseñaba, se le pudo decir al hombre: *Sé perfecto como Dios mismo lo es*, se le pudo mandar todo, *porque todo es posible al que cree*¹; y ciertamente, cualquiera que tenga idea de lo que era el género humano bajo Tiberio y sus sucesores, confesará que no se necesitaba menos que un poder infinito para substituir á las costumbres abominables de aquellos siglos la severa moral del Evangelio, y su doctrina rígida á la filosofía escéptica, cuyas máximas relajadas habian echado tan profundas raíces en todos los corazones. A los ojos de quien sabe ver y apreciar las cosas por lo que son, este milagro es mayor que la resurrección de un muerto; y la palabra que reanima un cadáver restituyéndole á la vida de los sentidos, es menos maravillosa acaso que la que hace revivir á un pueblo entero, restituyéndole la vida del alma.

Por el espacio de quince siglos una fidelidad constante al principio fundamental de la Religión cristiana preservó á la Europa, no de escándalos pasajeros del error, sino del letargo mortal de la indiferencia; y no se vió renacer esta enfermedad terrible en su seno hasta el momento en que la razón rebelde á la autoridad suprema, que la habia guiado hasta entonces, se esforzó á recobrar la servil independencia de que el Cristianismo la habia libertado.

La Reforma, que desde luego mostró una inclinación baja y vil, y una veneración impía á los héroes de la filosofía antigua², no fué en verdad desde su origen mas que

¹ Omnia possible sunt credenti, *Marc.* v, 20.

² En la profesión de fe presentada por Zuinglio á Francisco I, aquel jefe de la reforma helvética ponía en el cielo, al lado de Jesucristo y de los Apóstoles, no solo á Aristides, Sócrates, Antígono, Numa, Camilo, los Catones y los Escipiones, sino tambien á Hércules y Teseo. « Yo no sé, dice Bossuet (*Hist. de las Variac.*, lib. 2, núm. 19), porque no puso tambien á Apolo y Baco, y á Júpiter

un sistema de filosofía anárquica, y un atentado monstruoso contra el poder general, que rige y gobierna la sociedad de los seres inteligentes. Ella hizo retroceder el espíritu humano hasta el paganismo¹, y al punto, causas semejantes á las que habian obrado entre los Romanos en los tiempos de su mayor corrupción, produjeron iguales efectos en algunas naciones modernas, víctimas, sin conocerlo, de los mismos principios destructores. Consideremos sino por un momento á la Inglaterra en particular. Su posición aislada permitió á la Reforma desenvolverse allí con menos obstáculos, de suerte que en ninguna parte se puede observar mejor su marcha progresiva, y su influencia en la sociedad.

Los anarquistas de 1793 trataron de establecer tambien el orden social sobre la *libertad* y la *igualdad*, *libertad* absoluta de acción, é *igualdad* de autoridad y de derechos, lo que no era mas que una consecuencia exacta de la *soberanía del pueblo*, la cual, excluyendo, por una parte todo superior, deja á cada uno enteramente *libre*, ó señor de sí mismo; y por la otra, perteneciendo *igualmente* á todos, debe repartirse y participarse por todos *igualmente*. Se sabe muy bien cual fué el resultado de esta doctrina; pero lo que yo quiero hacer observar aquí es su perfecta y entera conformidad con la doctrina teológica de los protestantes². Sentando estos como principio la so-

» mismo; y si lo omitió por las infamias que los poetas les atribuyen, ¿eran menores las de Hércules? El mismo Lutero se horrorizó de ver á la Reforma caer desde su nacimiento en la indiferencia de religiones; y así escribió que Zuinglio se habia hecho pagano colocando á unos paganos impíos, y hasta un Escipion epicureo, hasta un Numa, órgano del demonio, para establecer la idolatría entre los Romanos, en el número de los bienaventurados. » Porque ¿de qué servirían el bautismo y los demás sacramentos, la Escritura y Jesucristo mismo, si los impíos, los idolátras y los epicureos son santos y bienaventurados? ¿qué otra cosa es esto sino enseñar que cada uno se puede salvar en su Religión y creencia? (*Parv. Confes. Luth. hosp.* p. 2, 187). »

¹ ¿Qué diremos al ver la ansia con que hoy se nos quiere reducir por nuestros filósofos á lo mismo, haciéndonos gentiles en todo, sin hablarnos mas que de sus héroes, y *gentilizando* todas las cosas?

² Pudiera añadir, y de los jansenistas. Siendo republicana la